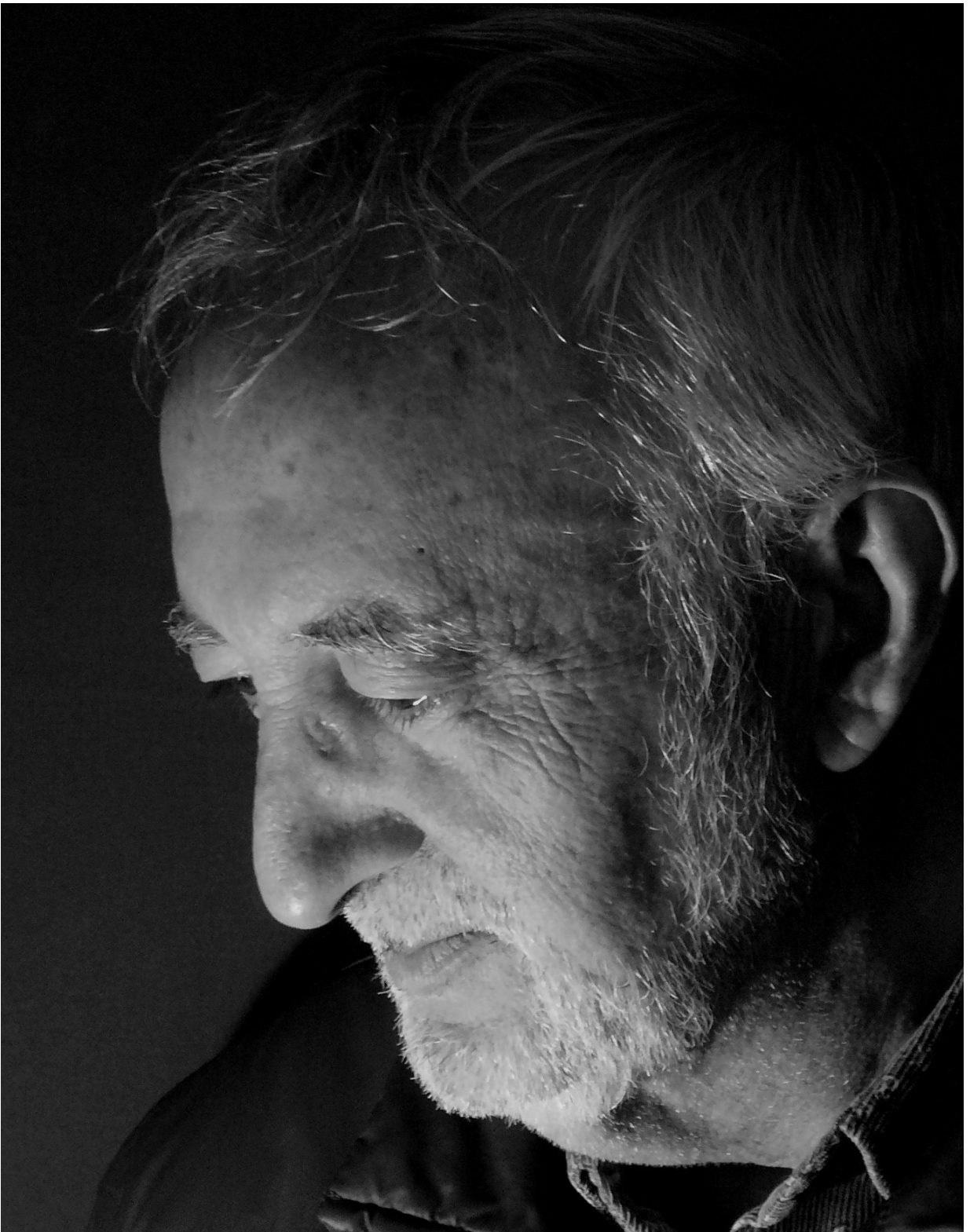




ANDRÉS ORTIZ-OSÉS

Entrevista: José Luis ACÍN
Fotografías: Ferrán MALLOL

ARAGÓNICO COMO EL VASTO GRACIÁN

Andrés Ortiz-Osés es el filósofo aragonés con mayor proyección internacional de la actualidad. Nacido en Tardienta en 1943, realizó sus estudios en Huesca, Comillas, Roma e Innsbruck, donde se doctoró en Filosofía. Profesor en diversas universidades, actualmente es catedrático de Hermenéutica en la Universidad de Deusto. Discípulo de M. Eliade y H. G. Gadamer, y colaborador con G. Durand y R. Pannikar, es autor –asimismo– de más de 25 libros y de más de cien artículos, todos ellos centrados en la interpretación de los mitos, símbolos y arquetipos. Entre ellos cabe destacar Mitología cultural, Metafísica del sentido, El matriarcalismo vasco, La identidad cultural aragonesa, Las claves simbólicas, C. G. Jung, La Diosa Madre, Antropología simbólica vasca, La nueva filosofía hermenéutica, La razón afectiva, o Amor y sentido. Ha dirigido varios planes editoriales, como la colección Hermeneusis de la editorial Anthropos, y ha sido nombrado recientemente miembro de honor de la Sociedad Española de Psicología Analítica.

Como en toda persona, los años de infancia, de inicio de la vida, son vitales. Esa primera escuela de lo que veías y oías en Tardienta, en su entorno, Pedro Saputo...

Ahí en el portal de los Monegros arranca mi vida en un entorno entornado, terráceo y seco. Tuve una niñez feliz en mi pueblo de Tardienta, a pesar de la muerte prematura del padre, ya que los hermanos

fuiamos arropados por la abuela, el tío canónigo y la madre. Recuerdo que, aunque mi familia era de derechas, casi todos mis amigos eran de izquierdas. Jugábamos a todo y leíamos “El Guerrero del Antifaz” entre otros. Pero la infancia se acabó con el estudio en Huesca de las Humanidades: aún recuerdo decirle a los 11 años al amigo Manolo que hasta los diez años habíamos sido felices, pero ya no después...

La adolescencia resultó más problemática, sobre todo tras la muerte de mi afectuosa madre, en el frío Seminario de Huesca, flanqueado por la bella Catedral oscense. En este mismo momento rememoro nuestras batidas adolescentes por la sierra, dirigidos por el hermano mayor en busca de liebres o conejos, perdices o codornices: sólo más tarde supe que “Ortiz” viene del griego y latín “Ortix”, que significa precisamente codorniz, esa ave de paso, transitiva y transeúnte. También rememoro ahora las preciosas excursiones familiares al pie de los Pirineos.

Aragón ha sido mi destino original, y Aragón será mi destinación final. Tengo dicho que podría morir en el verdor húmedo vasco, pero –consecuentemente– me gustaría hacerlo en esa tierra calcinada por el sol. Sin embargo, he de confesar secretamente que mi auténtica ilusión térmica es Canarias.

Recientemente has comentado que con tus últimos escritos y libros de aforismos retornas “ya viejo a mi tierra padre o tierra paterna”. ¿Alguna vez te has ido de la misma, siendo –como han sido– constante tus viajes y tu presencia en Aragón? ¿Y tras estos años, tras ese regreso, cómo la encuentras?

No, en realidad nunca me he ido sino de paso, y cuando me iba sabía que Aragón siempre estaría ahí de trasfondo o retranca vital. En un momento determinado de mi juventud descubro la identidad vasco-navarra de mi rama materna, ya que mi madre es de tierra de Estella (Lizarra). Ello coincide con mi marcha a la Universidad de Deusto en Bilbao tras pasar por la Universidad de Salamanca.

Pero ahora ya viejo vuelvo la mirada nostálgica a Aragón, porque quiero reasumir el pasado y recuperar el origen. La vida es un camino de ida y vuelta, y el viejo vuelve a la niñez en su tierra. Finalmente he aprendido a revalorar la aforística configuración de mi tierra natal, sustancial y quintaesenciada, áspera como la vida misma, verdadera.

Una tierra de la que, por muy lejos que estuvieras, nunca has olvidado. Una tierra, y sus gentes, con la que siempre has mantenido algún tipo de relación. ¿Cómo ha sido ésta?

La relación con Aragón ha sido ambivalente, he valorado su recia sentimentalidad y he criticado (también en mí mismo) cierta tosquedad o espíritu áspero. En realidad los arquetipos aragoneses dominantes han sido algo brutos o bruscos, heroicos, y he tratado de sonsacar el trasfondo antiheroico y somarda, así en



el Pedro el Saputo, Sabido o Resabido, aunque no resabiado. También he aprendido a ver tras la fachada adusta aragonesa una pose de autoafirmación atávica.

En efecto, pienso que detrás de la Jota hay un sentimiento desgarrado y desgarrador, detrás de las Tamboradas hay un silencio atronador, tras el Pilar enhiesto hay un árbol petrificado, tras la somardez del Saputo hay ternura, detrás de las astracanadas de Buñuel hay timidez agazapada, tras la refulgente voz de Fleta hay lírica pura, detrás de las voces del Profeta de Gargallo hay un silencio de desierto vacío, tras de las pinturas negras de Goya hay un alma blanca como un fantasma (el espectro alado de los “Fusilamientos”)...

Pero más concretamente, ¿cómo ha sido esa relación y cómo ves la cultura aragonesa en su conjunto –cine, teatro, literatura, ciencia...–¿Y con los movimientos filosóficos y antropológicos que se dan en la misma?

Por supuesto que sigo en lo que puedo la evolución cultural en Aragón, desde que estuve como Profesor en Zaragoza, tanto en el Centro Teológico como en la Universidad, colaborando con el proyecto de

Andalán de Eloy Fernández Clemente, hasta mi actual estatuto de miembro de la Asociación de Escritores Aragoneses, debido a la mediación de los amigos Rosendo Tello y Javier Barreiro. En el intermedio he podido dar muchas conferencias en el Centro Pignatelli, gracias al amigo Jesús Mari Alemany, lo que ha posibilitado mi conexión con Zaragoza y los confratritos de Huesca y Teruel. Por suerte tengo en Zaragoza algunos cofrades que estudiamos juntos en Innsbruck, en el incomparable marco del Tirol austríaco.

Suelo albergarme en el Seminario de San Carlos, edificado sobre la Sinagoga antigua, y donde lo hicieron Gracián, José Pignatelli, Vicente de Paúl o Escrivá de Balaguer. Se trata de un viejo Palacio situado estratégicamente entre el Pilar y la Plaza de España, por donde he podido ir tantas veces a tan buenos cines en un ámbito de grandes cineastas (Buñuel, Saura, Borau...). Por cierto, entre mis discípulos en Deusto cuento con otro buen cineasta, Álex de la Iglesia.

Sin embargo, no me gusta contemplar Aragón encajonado entre Castilla y Cataluña. No olvidar que Aragón aún se resiente históricamente de sus conflictos puntuales con Castilla y con Cataluña. Por eso, yo concibo Aragón como una tierra de tránsito y transición entre Castilla y Cataluña, una tierra abierta, como la muestran sus grandes individualidades, curiosamente casi todas han estado o vivido fuera y han mantenido una dialéctica con lo de fuera.

¿Y el presente de Aragón?

No soy ajeno a las mejoras que simboliza la Vitamina JV, el jamón de Teruel y los vinos refinados. También observo las mejoras ciudadanas de carácter político y social. Lo que más me interesa ahora es la Expo-08 de Zaragoza, que trata de abrir y no cerrar. Me intriga desde mi adolescencia en los Monegros el tema simbólico-real del agua, que es como el alma en pena de Aragón, la princesa cautiva a redimir con el cultivo y la cultura.

Aún recuerdo la lectura juvenil del discurso que mi tío canónigo le lanzó al Presidente Primo de Rivera en 1931, pidiendo la superación de la aridez de la tierra, como signo de superar la aridez de la inteligencia y del corazón. Yo simbolizaría el ánima acuática de Aragón en una humilde fuente que pintó nuestro pariente Pradilla Ortiz, el gran pintor aragonés autor de la famosa Rendición de Granada y cuadros sobre Juana la Loca.

Y es que el agua significa y simboliza la fluidificación de actitudes demasiado secas o secantes. Como dice Unamuno, el agua es el alma del paisaje, y Aragón tiene que recuperar su alma (la cual siempre se simboliza como un lago o mar interior). Ello significa recuperar los Pirineos y el Ebro, relanzar posturas más flexibles que las viejas inflexibles, abrirse a la otredad dialógicamente desde la propia estancia/instancia cultural.

Y, ¿cómo ves los años venideros, el futuro de Aragón? Y, también, ¿cómo ves el futuro de la cultura aragonesa en general y de tus materias en particular?

Veo un proceso positivo de democratización que debe reconciliar las heridas de nuestra guerra incivil. Veo con interés la implantación de una Facultad de Psicología en Teruel, porque la típica extroversión aragonesa necesita una complementaria introversión psicológica para auscultar nuestra alma abierta al otro (lo mismo que la introversión vasca necesita complementariamente su propia extroversión o apertura a la otredad).

Veo con interés la desheroificación del heroísmo (o más bien heroicismo fascistoide), en la línea preconizada por nuestro Gracián de “saberse ladear”, que es el aprendizaje de un modo de vivir flexible o acuático. Con Unamuno podríamos hablar de la apertura al mar, el cual simboliza la utopía de la tierra: la libertad como liberación, la igualdad como igualación y la fraternidad como confraternidad de los pueblos (bueno, con permiso utópico de la real historia del mar).

Así que me gusta ver Aragón dinámicamente entre el rey Fernando y el rey Jaime, entre el castillo interior y el mediterráneo exterior, porque así evita el ensimismamiento, lo cual no significa dimitir de su propia autoidentidad abierta. Aragón es un concepto histórico, una marca cultural y una potencia interior, que precisa patencia o salida exterior a través de la cultura.

¿Cómo ves esa cultura aragonesa en relación con la cultura occidental, con otras culturas?

Pienso que la cultura aragonesa se ha presentado oficialmente con una tipología algo virilista o machista, pero como he dicho, por debajo de la apariencia ruda hay una sentimentalidad latente. Sólo hay que contemplar el mudéjar cuasi modernista y sus filigranas cuasi femeninas, o visitar Albarracín y sus recovecos interiores o admirar el bello Monasterio de Veruela.

A este respecto recuerdo una anécdota que vale como categoría aragonesa: resulta que mi abuelo paterno pagaba a los músicos callejeros que llegaban al pueblo para que se fueran a tocar a otra calle. La interpretación que oí de joven es que no quería oírlos dada su rudeza, pero la interpretación profunda parece ser que no podía oírlos porque la música le ponía demasiado sentimental. Aquí se condensa, creo yo, la dureza externa del aragonés y su afectividad interna.

Y, asimismo, ¿cómo ves, o es, esa identidad cultural aragonesa de la que tanto has escrito, que has mamado desde pequeño y que jalona muchas páginas de tus obras?

Me ha interesado mucho la obra de Braulio Foz porque proyecta un héroe no heroico sino antiheroico: en efecto, Pedro Saputo es un quijote sanchopancesco, un tipo idealista (ayuda a los débiles) con un toque realista (somarda). Yo diría que en Aragón no veneramos tanto al héroe clásico (San Jorge) como al dragón, sí, Aragón

es más dracontiano que Castilla o Cataluña, hasxta el punto de que el Reino de Aragón era el Reino del Dragón (D'ragon), cuyo emblema ostenta algún monarca aragonés. Los aragoneses somos algo dracontianos, vamos a nuestro aire; siempre me han dicho que voy a mi aire, y ahora comprendo que ese aire es aragonés.

Respecto a la propia cultura aragonesa, espero una recuperación de su patrimonio, en el sentido de la iniciativa en marcha de crear una Enciclopedia de Autores Aragoneses.

¿Cómo ves a otros pensadores aragoneses –Gracián, Goya, Molinos, Buñuel...–? ¿Y cómo te ves en relación con ellos?

En todos ellos y otros más observo una cierta heterodoxia individual frente al sistema colectivo, lo que parece conllevar una cierta actitud personal (anarcoidal). Yo mismo he reflexionado sobre mi propia independencia personal: cuando descubrí mi componente vasco pensé que era herencia vasco-navarra, pero ahora sé que es herencia aragonesa. Pues la independencia vasca es colectiva, pero la independencia aragonesa es individual. El vasco es más arcaizante y lleva la religión de la política en la sangre, el aragonés es más escéptico y lleva la política en el agua.

De todos los autores aragoneses me quedaría con B. Gracián, el ingenioso jesuita heterodoxo, del que cabría hacer un bello Museo en Zaragoza, justo al otro lado del Ebro (para recuperar esa orilla que para mí tiene la nostalgia indecible de la vieja Estación del Norte, hoy reconvertida en mansión de senectud). Creo que Gracián es una pasada y sigue siendo redescubierto dentro y fuera de nuestras fronteras. Su obra está nada menos que en la base del pensamiento actual más determinante, originado por los gracianescos Schopenhauer y Nietzsche.

Entrando en un plano más personal, hablemos de tu formación, de cómo habiendo volcado tus estudios por la vía teológica has desenmarañado tan variados entresijos que, en ocasiones, poco o nada –o todo– tienen que ver con dicha formación.

Bueno, el caso es que Dios es el arquetipo de nuestros ideales transhumanos, y en su figura proyectamos nuestros anhelos más hondos. De este modo la religión y la teología son un buen laboratorio antropológico y hermenéutico para interpretar nuestros deseos más profundos. Por suerte el Dios clásico y la religión tradicional entran en crisis en los años 60 del siglo pasado, cuando me encuentro estudiando en Centroeuropa, debido fundamentalmente a la Contracultura y al Concilio Vaticano II. Ello nos abre las puertas a la inteligencia humana de lo religioso con sus rituales, folklore y festejos, así como al estudio de las ciencias humanas, en mi caso de la Hermenéutica contemporánea y de la Psicología analítica de C.G. Jung y el Círculo Eranos.

Una formación que conlleva un pensamiento y una obra que pivota entre la filosofía, la hermenéutica, la mitología, la simbología, la antropología. El amplio universo, en definitiva, de Andrés Ortiz-Osés.

Sí, he escrito una obra abigarrada, sin duda porque he buscado el sentido de la existencia a través de diferentes vías culturales. Soy un culturalista que ha llegado a la convicción de que nuestro mundo está simbólicamente presidido por un Daimon o Demon, así pues por una figura simbólica que se sitúa ambivalentemente entre lo divino y lo demoníaco, entre la felicidad y la infelicidad, entre el bien y el mal, entre los cielos y el infierno (puede verse mi librito con G. Vattimo titulado *El sentido de la existencia*).

Ahí se sitúa simbólicamente nuestra vida humana, crucificada entre los contrarios u opuestos, a los que hay que tratar de coimplicar, mediar o remediar. En la obra de Gracián estos contrarios están representados por Andrenio y Critilo, la pasión y la razón, la naturaleza y la cultura, el corazón y la inteligencia, cuya síntesis hay que tratar de realizar vitalmente en una especie de “inteligencia afectiva”.



Todo ello se refleja, o queda reflejado, en una notoria y destacada obra creativa que, como has comentado en alguna ocasión, se basa –sobre todo– en la libertad creadora.

Hasta los cincuenta años aproximadamente realizo una obra filosófico-antropológica de carácter hermenéutico o interpretativo, pero a partir de dicha edad me entra una compulsión creadora que proyecto en la aforística. En realidad llega un momento en el que ya no puedo sistematizar todo aquello que leo o pienso, me desborda, y lo que hago es plasmarlo aforísticamente con libertad creadora.

Para entonces ya tengo un cierto sistema filosófico, de modo que me puedo permitir variaciones sobre el mismo tema, pero también ampliaciones o amplificaciones, hipótesis, reflexiones, ocurrencias, vivencias, disquisiciones... Todo ello forma un bloque amplio que, por cierto, en parte ha sido publicado en Aragón gracias al carácter sentencioso de nuestra tierra (en el Instituto de Estudios Altoaragoneses, Rolde o Prames). Recuerdo la impronta sentenciosa de mi familia paterna (aragonesa), en contraposición a la familia vasco-navarra (materna) quizás con una religiosidad más arraigada.

Toda mi familia paterna aragonesa era y lo sigue siendo sentenciadora y proverbial, desde luego la línea femenina de mi abuela y mi hermana, tías y primas, pero también los varones familiares. Todavía recuerdo la grata sorpresa que me causó el que mi hermano menor, buen viticultor y tendero, me dijera no ha mucho que había entendido casi todo de uno de mis libros aforísticos. Yo mismo he acabado sucumbiendo a un género que consideraba viejo como el Kempis, y que revalorizo como sapiencial. Cabe decir que detrás de toda esta tradición sentenciosa anida una visión estoica y escéptica, de un pesimismo lúcido o abierto, tal y como reaparece en Séneca o Epicteto, Montaigne o La Bruyère, Pascal, Schopenhauer o Nietzsche, Renard o Rivarol.

Me ha resultado gratificante ver que aquí no se considera la aforística como algo estrambótico sino fundamental. Creo que esta actitud es bien actual, ya que asistimos en la Posmodernidad a una especie de crisis de los grandes relatos, sistemas y rollos clásicos. Por eso la aforística obtiene un renovado interés, porque trata sintéticamente de todo lo humano, divino y demoníaco. En mi aforística trato de articular un almacén simbólico en el que se reúne en brevedad la experiencia de la vida, la inteligencia de sus estructuras, la visión del mundo, el devenir de la existencia y la reflexión cultural. O la aforística como museística: el gran museo del mundo.

En el que cabe –o está fundamentado el humor, la socarronería, la retranca...

Yo hablaría de amor y humor como claves de la convivencia humana. Tengo una visión tragicómica de la existencia, que en la aforística se expresa a un cierto nivel lúdico/lúcido. En algún lugar he escrito que el Saputo es el “Trickster” aragonés, esa figura mitológica legendaria que es el “bufón redentor”, porque su risa y sus triquiñuelas nos redimen de la seriedad mortífera. Sin duda se trata del rasgo aragonés más interesante.

Lo que más me gusta e interesa del aragonés o aragonesa es que, a poco que se intime, se acaba declarando un tanto nihilista en declaraciones metafísicas del tipo “esta vida es una melopea”. Naturalmente que, como todo, también ese nihilismo tiene el peligro de “quietismo” (como en nuestro Molinos). En todo caso sí, yo pensaba que era más vasco (agónico como Unamuno), pero ahora sé que soy más aragonés (aragónico como Gracián). En fin, y ya que estamos de humor, me considero un aragonés de pro y un vasco de proa.

Una obra que tiene como principal pilar, como también has afirmado, la “búsqueda interminable del sentido de las cosas”.

Lo cual es bien aragonés, de nuevo, pues somos gente algo romancera o sentenciera. Y es que entiendo por sentido no una abstracción sino el sentido vital o existencial, tal y como lo concibe el Sócrates de Jenofonte (donde el sentido es frónesis, sentido circunstancial y situacional). El Oráculo manual de Gracián es el Arte de la prudencia, pero la prudencia no como mera moderación estática sino como mediación dinámica de contrarios y opuestos, contrastes y contradicciones vitales.

Por suerte mi obra se está traduciendo a otras lenguas, a pesar de cierta dificultad de mi lenguaje algo barroco, con lo cual ya he cumplido mi tarea y puedo volver a mi tierra natal tranquilo. Pero no como el héroe triunfador, sino como el héroe antiheroico que sabe que en la vida hay que asumir el fracaso, porque existimos duramente y finalmente morimos. Como lo dice reciamente B. Gracián en *El Criticón*:

“Todo cuanto hay se burla del miserable hombre; el mundo le engaña, la vida le miente, la fortuna le burla, la salud le falta, la edad se pasa, el mal se da priesa, el bien se le ausenta, los años huyen, los contentos no llegan, el tiempo vuela, la vida se acaba, la muerte le coge, la sepultura le traga, la tierra le cubre, la pudrición le deshace, el olvido le aniquila, y el que ayer fue hombre hoy es polvo y mañana nada”. (El Criticón).

De nuevo la nada y el nihilismo aragonés. Pero esta nada no es la nada del nihilismo fanático, tan fanático como el antinihilismo dogmático, sino la nada del nihilismo de Molinos: la nada que no anonada sino que “nada” simbólica o acuáticamente en la Indefinitud abierta. Pues la muerte es el agujero del ser, pura apertura muda, descanso eterno (tanto para los creyentes como para los increyentes).